

Notas de inframundo

de Alejandro Cortés González

Julio Hernán Correal
Egresado TEUC

Un rock star de la sabana descubre que en ningún lugar la soledad era tan fría, como en las escaleras del Terraza Pasteur, un decadente centro comercial ubicado en una esquina del centro de Bogotá, y a partir de esta reflexión desenreda todo el entramado que Alejandro Cortés González teje en sus “Notas de inframundo”.

Muy simple parecería ser esta premisa, pero para quienes hemos tenido el placer de gozarnos esta novela, esa revelación es como la enseñanza que Leo Rodríguez, protagonista de la novela recibe, y con la que el autor nos plantea a lo que puede conllevar el desprecio y hasta dónde es capaz de llegar alguien en su afán de cobrar una afrenta a su orgullo.

A la manera de un investigador de novela policiaca, el protagonista tiene que ir juntando las partes de su vida amorosa para buscar indicios y establecer a partir de estos, el origen de las notas que a través del care libro le están llegando del inframundo. Y en este recorrido nos sumerge en ese submundo de las bandas de metal criollas, siendo Bajo Tierra, la banda del protagonista, la más Chibcha de todas, pues surge en el altiplano, y no precisamente en Bogotá, sino en un pueblo aledaño, en el que los futuros rock star deben extraerlos como quien explora una mina, de los cuadrados y aburridos golpes de las marchas de una banda de guerra o de los tranquilos y pacíficos acordes de un tecladista de una iglesia, y con estos, con sus ganas, sus precarios ahorros y una escasa formación musical, hacer realidad su sueño de combinar la sonoridad del Death Metal, con los



sonidos ancestrales y con líricas que le canten a las raíces indígenas, buscando encontrar algo así como una poética para un sonido Muisca Metalero. Así es el inframundo de Alejandro Cortés González, un mundo de soñadores y hasta cándidos personajes que para ostentar el título de rock star local no acuden a sacrificios de animales y hasta de humanos en los ritos satánicos con los que siempre se les relaciona, sino a otro tipo de actividades, más propias de las madres comunitarias, los equipos de fútbol aficionado, los cuerpos de bomberos voluntarios, las asociaciones de padres de familia de cualquier colegio oficial, como son las rifas, las giras intermunicipales en flota, el hacer de las terrazas el lugar de ensayos, así como convertir a sus esposas o a cualquier otra persona cercana con disposición y talento en sus diseñadoras de vestuario y publicidad, y ellos mismos ser a la vez músicos, empresarios, mensajeros, pegadores de afiches, en fin, toderos.

“Notas de Inframundo” es una novela que tiene el encanto de la sencillez, de la facilidad de su lectura, así como del frenético ritmo, el tempo metalero con el que se desarrolla, que

puede llevarlo a uno a devorársela de una sola sentada, empleando para ello el mismo tiempo que se gasta en un recorrido de ida y vuelta desde Chía hasta la Javeriana en Bogotá, o en oír seis veces consecutivas el “In A Gadda Da Vida” de Iron Butterfly*, o en bajarse una botella de guaro en uno de los amanecederos de rock que aun se pueden encontrar en Chapinero, o en un culminar una faena de levante, a la que hasta el más anodino de los rock star criollo puede aspirar, después de una jornada de Rock al Parque. Pero el mayor encanto de esta novela está en contar una historia en donde personajes sin plata, sin títulos, sin poder, sin grandes logros, sin crímenes a cuestas, sin terribles traumas, logran tenernos en vilo durante ciento ocho páginas, en las que no se entra a enormes mansiones, ni hay orgias de sexo o comida, ni hay balaceras, ni persecuciones, sino varios recorridos por una panadería (Leo Pan), por bares de quinta, pero no del bajo mundo, por un centro de tatuado, por almacenes de instrumentos musicales, por casas que van del

estrato uno al cuatro, ciento ocho páginas en las que la mayor aventura o el acto más osado de los personajes consiste en consumir grandes cantidades de cerveza o de algún otro tipo de licor, o irrespetar el salón de clase de una universidad pontificia, y andar vestidos de negro y con el pelo largo, oyendo e intentando hacer una música que para muchas personas resulta difícil de digerir, razón por la que los tildan de demonios, de hipies, de feos, en los que nadie debe poner sus ojos, como le ocurre a una de las hembras de la historia que obnubilada por su John Paul Jones** de la sabana, por su Cliff Burton*** cundinamarqués, cae víctima de uno de sus desdenes, lo que da origen a una divertida narración que plantea un misterio desde el primer capítulo, y que sostiene el suspenso hasta la última línea, en una historia que a ratos parece de terror, aunque a nadie se le coman el corazón pero en la que un corazón roto da pie a una exquisita venganza, caliente y fragante como un pan recién horneado en “Leo Pan”. ■

* Agrupación norteamericana famosa de finales de los sesenta cuya canción más conocida In A Gadda Da Vida, tiene una duración cercana a los 18 minutos.

** Bajista de Led Zepelin.

*** Bajista de Metallica.